

BIBLIOTECA GALLEGA

Aurora Marco

AS

PRECURSORAS



Francisca González Garrido, “Eulalia de Liáns”, naceu na Coruña sen podermos precisar data. Casada co famoso compositor Marcial de Adalid, entre fins do 58 e o 59, participou das inquietudes culturais e artísticas das escritoras do XIX que posuían unha sólida cultura, coñecían varias línguas e brillaban con luz propia nas súas actividades. No pazo de Lóngora, na parroquia de Santa Olaia de Liáns —de onde toma o pseudónimo—, no concello de Oleiros, achou, sen dúbida, Fanny Garrido un marco privilexiado para o seu quefacer literario, pazo onde se reunían pintores, escritores e intelectuais, residencia habitual do matrimonio Adalid-Garrido que había ficar plasmado nun óleo, *Xardin do pazo de Marcial del Adalid*, do pintor Francisco Lloréns, grande amigo seu.

Na actividade de recuperación do folclore musical galego, iniciada por Adalid e que se materializou na publicación dos *Cantares Viejos y Nuevos de Galicia* (1877), o compositor contou coa colaboración estreita da escritora que

escreveu o texto en galego dos cantares “novos”, aos que Adalid puxo música. Non é o único texto en galego de Fanny Garrido: no libro de Lugris Freire, *Gramática do idioma gallego*, de 1922, figura un breve poema sen título, da sua

Fanny Garrido, novelista e tradutora

autoria, para exemplificar o tema que estaba abordando: “*As anduriñas voando / pouco a pouco fóranse indo / e despois foran tornando, / e se me deixaron rindo / atopáronme chorando* “. En 1881 morre o compositor Marcial de Adalid, quen, dez anos antes lle dedicara à sua compañeira un “Impromptu” para órgano, segundo indica Xoan M. Carreira nun monográfico dedicado ao compositor no centenario da sua morte. Este contacto co folclore e a sua recuperación leva-a a formar parte da Sociedade de Folclore Galego cuxa Presidencia ostentou Emília Pardo Bazán. Hai constancia da sua presenza no acto fundacional, celebrado o día 29 de decembro de 1883 na rua Tabernas, 11, onde moraba a condesa.

Casada en segundas nupcias co científico lugués Rodríguez Mourelo, inicia, a partir da década dos 80 a publicación das suas novelas: *Escaramuzas* (1885), *La madre de Paco Pardo* (1898), novela galega dedicada à marquesa do Pazo da Mercede, obras que asina, ambas as dúas, co pseudónimo “Eulalia de Liáns”. Non chegou a editar-se *Batallas*, unha novela que situa a acción en París.

A sua actividade tamén se estendeu ao campo da tradución. Coñecedora do alemán, traduciu varias obras de Goethe *Viaje a Italia* (1891) e *Teatro selecto* (1893) en dous volumes e tamén *Cuadernos de viaje*, de Heine. Colaborou en diversas revistas galegas e madrileñas: *El Correo*, de Madrid, a revista *Galicia* que dirixía na Coruña Martínez Salazar, onde apareceu un capítulo dunha novela de costumes locais en 1887. De 1888 é un artigo, en prosa castellana, dedicado a Galiza e aos fillos que emigran, publicado en *El País Gallego*. En 1906, xunto a catorce escritoras galegas, foi nomeada correspondente da Real Academia Galega, segundo consta no Boletín da institución. Morreu Fanny Garrido o 11 de novembro de 1917.

Da sua novela *Escaramuzas* reproducimos o primeiro capítulo:

En el espacioso y bien arreglado salón de una casa de campo de las cercanías de Marineda hallábanse dos mujeres instaladas con comodidad y departiendo confidencialmente.

—Sigo creyendo que te das esos malos ratos por puro lujo, María —decía la de más edad, con el aire poco convencido del que tiene por precisión que decir algo.

—Tú no sabes lo que es eso, Luisa, porque una cosa es que juzguemos lo que pasa, con los nervios muy tranquilos y la razón sosegada, y otra cosa es hacerlo cuando está uno que no puede más, a fuerza de rozamientos y choques todos los días y a todas las horas de la vida. Yo sé sufrir con tanto valor como cualquiera los males que Dios manda; pero los que nos buscamos nosotros mismos tan sin ton ni son, no los puedo llevar con paciencia. Manolo se ha buscado su desgracia y la mía de la manera más deplorable; derrocha un caudal de amabilidad con los de fuera y en su casa escatima hasta la educación. Todo le molesta, todo le incomoda. Yo no puedo abrir la boca sin que esté la censura encima. A veces me llego a creer realmente tonta, porque si no soy capaz de hacer a mi marido la vida dulce y agradable, ¿para qué sirvo? ¿Qué he hecho yo del caudal de buena fe, de buenos propósitos, de tolerancia y de ternura con que empecé la vida? Hoy sólo me queda una sed que nada ha podido extinguir, ni siquiera los desengaños. Lo que me sostiene es el miedo al escándalo, en primer lugar, y luego, que no quiero dar a esos maniqués vivos que se mueven en la sociedad en que tengo la desgracia de vivir, el gusto de verme el alma por dentro. ¡No las puedo resistir! Muñecas que no saben lo que es pasión, ni sufrimientos, ni amor, porque nunca lo han sentido ni lo han inspirado, y se constituyen en jueces perpetuos de las personas que tienen sangre y alma. A mi lo que más me exaspera es que cuanto más tontas son, más dominan a sus maridos, aún

a los que tienen algún talento. ¿Qué tendrán esas mujeres? ¿Con que armas lucharán para hacer que ellos abracen hasta sus rencores y sus ñoñerías y para estar mimadas y traídas en palmitas, cuando otras que valen mucho más —no creas que lo digo por mi, sino por lo que he observado— no sólo no ejercen influencia alguna, sino que ni siquiera el cariño logran retener?

Las mujeres lo consiguen todo con la zalamería y con la adulación —observó Luisa—. A las tontas no les cuesta trabajo ninguno llamarles a ellos sabios y hasta creerlos tales, ni les es contrario usar de halagos para conseguir su deseo. El hombre quiere que la mujer sepa que le es inferior y que se lo demuestre, aunque lo contrario salte a la vista. Muy buen sentido ha de tener el que reconozca que su mujer vale más que él; pero cuando se da este caso, que es muy raro, el acuerdo resulta perfecto.

—Pues lo que es yo, primero me muero que rebajarme a la falsedad de adular a mi marido, cuando estoy sintiendo que obra mal; y como no me creo inferior a él, tampoco se lo puedo demostrar —replicó María.

—Y haces muy bien; pero en lo que no estás acertada es que esos desabrimientos sean el constante motivo de tus cavilaciones. Sería preciso que tratases de desimpresionarte y de buscarte distracciones dignas de tu capacidad. Tú tienes talento, tienes gusto, tienes amor a lo bueno y a lo bello. ¿Por qué no estudias? ¿Por qué no te dedicas a algo, para hallar alguna compensación?

—Ni puedo desimpresionarme ni lo quiero. Lo que pasa en el mundo no me interesa ni pizca; lo único que me gustaría sería vivir sola y lejos de toda sociedad, porque toda es falsa y mezquina, lo mismo la de Madrid que la de aquí: aquélla, más inmoral; ésta, más nula. Para estudios serios es tarde, y además no tengo cabeza para ellos. Y sobre todo, yo no puedo consolarme de no ser madre. Si tuviese hijos, ¡ya podía irse mi marido a paseo! ¡Tener a quién consagrar este tesoro de cariño que encierra mi corazón y que no sé qué hacer de él!... ¡Si al menos fuese pobre y tuviese necesidad de cansarme para ganarme la vida, después dormiría bien y la imaginación no me daría tortura desde la mañana hasta la noche!

—Hija, si no sales de ti misma y no admites que Dios puede haber creado cosas que merezcan fijar tu atención fuera de tu propia persona, estás perdida. ¡Si supieras qué tesoro de emociones fortificantes y buenas se encuentra a cada momento a nuestro alcance, con sólo apartar de nosotros mismos la imaginación y emplear nuestras facultades en la observación exterior, te quedarías pasmada!

—Si tuvieras un marido como el mío —dijo María— ya verías lo que fijabas tu atención en otra cosa que no fuese rabiarse y maldecir de tu suerte.

—Estás loca—repuso Luisa—, si yo tuviese un marido como el tuyo, que en resumen no ha hecho nada malo, no le haría caso ninguno y me dedicaría a cultivar mis facultades, para encontrarme el mejor día capaz de dominar la situación y ver con toda claridad donde antes no viera nada. Tú no vas hacia adelante, y necesariamente te quedas atrás, y si sigues en la holgazanería del quejumbre, que al fin y al cabo llega a hacerse un hábito como otro cualquiera, no tendrás remedio humano.